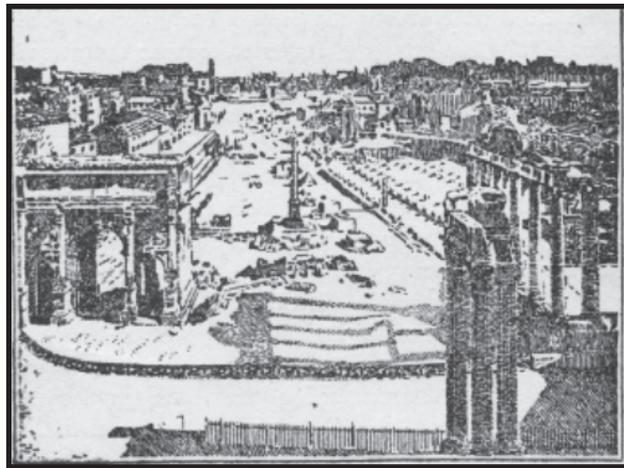


nombres parecen algo semejantes y suenan con algún parecido, significan cosas completamente diferentes: Parthenon viene del nombre de la diosa Atenea Parthenos; y Panteón, de las dos palabras “Pan theon”, que significan “todos los dioses”.

El Panteón tiene una cúpula hecha de hormigón. La cúpula tiene la forma de una escudilla boca abajo, y en lo más alto tiene una abertura circular llamada ojo. Aunque este ojo no está cubierto, su altura sobre el suelo es tanta, que se dice que la lluvia que entra por él no llega al suelo, porque se evapora antes.

La ciudad llegó a ser tan magnífica con todos estos maravillosos edificios, y tan maciza y fuerte parecía su construcción, que se la llamó la Ciudad Eterna, y aún hoy se la llama así.



Foro romano

Había en Roma una plaza pública llamada el Foro. Aquí se celebraban los mercados, a donde la gente acudía a comprar toda suerte de cosas. Alrededor del Foro se construyeron templos a los dioses, palacios de justicia y que este ojo no está cubierto, su altura sobre el suelo es tanta, que se dice que la lluvia que entra por él no llega al suelo, porque se evapora antes.

La ciudad llegó a ser tan magnífica con todos estos maravillosos edificios, y tan maciza y fuerte parecía su construcción, que se la llamó la Ciudad Eterna, y aun hoy se la llama así.

Había en Roma una plaza pública llamada el Foro.

Aquí se celebraban los mercados, a donde la gente acudía a comprar toda suerte de cosas. Alrededor del Foro se construyeron templos a los dioses, palacios de justicia y otros edificios públicos. Estos palacios de justicia se parecían a los templos griegos, sólo que las columnas estaban en el interior, en vez de ir al exterior.

También se erigieron arcos triunfales para celebrar las grandes victorias. Cuando un conquistador heroico volvía de la guerra, él y su ejército pasaban bajo el arco en desfile triunfal.

Hubo asimismo en Roma un gran anfiteatro, del cual se dice que podía contener más público que ningún otro edificio del mundo—200.000 almas, es decir, más que la población de muchas grandes ciudades—. Se llamaba el Circo Máximo. Al fin fué demolido para hacer lugar a otras construcciones.

Otro anfiteatro era el Coliseo, pero éste fué construido algún tiempo después de muerto Augusto. Podía contener tanto público como los mayores estadios de la actualidad.

En él se celebraban aquellas luchas entre hombres—los gladiadores—y de hombres con bestias salvajes, de las cuales ya hemos hablado. Aún está en pie, y aunque en ruinas, todavía podemos sentarnos en los mismos asientos en que los antiguos emperadores romanos se sentaban, y ver las cuevas en que encerraban a las fieras, las puertas por donde las lanzaban a la arena y hasta huellas de sangre que se dice son las manchas hechas por los hombres y los animales muertos.

En tiempo de Augusto vivieron tantos escritores famosos que recibió el nombre de Época de Augusto. Dos de los poetas latinos más conocidos, cuyas obras leen hoy todos los muchachos después de terminar los *Comentarios* de César, vivieron entonces. Estos poetas son Virgilio y Horacio. Virgilio escribió la *Eneida*, que trata de los viajes de Eneas, el troyano que se estableció en Italia y fué el retatarabuelo de Rómulo

y Remo. Horacio escribió muchos poemas cortos titulados *Odas*, que son canciones pastoriles amorosas y dedicadas a la vida campestre. Las gentes gustaban mucho de estas canciones, y aún hay

muchos que dan a sus hijos los nombres de sus personajes.

Cuando Augusto murió fué deificado, o convertido en Dios, porque había hecho tanto por Roma; se le construyeron templos en que era adorado, y el mes de Agosto recibió de él su nombre.

Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria



Augusto César había gobernado el mundo.
Encontró a Roma de ladrillo y la dejó de mármol.
Dio su nombre a un mes del año, y
Fue convertido en Dios.

Seguramente que ningún hombre fue nunca más grande que él. Pero uno más grande aún vivió en la misma época—un gobernante más grande, de un reino mayor, con más poder y más gloria—, aunque el mismo Augusto no supo nada de él, y vivió y murió sin haberle oído mencionar. Este hombre vivió en la parte oriental del imperio de Augusto, en una aldehuela llamada Belén, y se llamó Jesús Cristo.

Durante muchos años después de haber nacido Cristo, nadie, excepto su familia y sus amigos, supieron nada de su nacimiento ni les importó ni le prestaron la menor atención.

Cristo era judío, hijo de un carpintero. Hasta su juventud llevó una vida muy sencilla y tranquila, trabajando con su padre. No empezó a predicar hasta después de los treinta años. Entonces empezó a enseñar a las gentes lo que hoy conocemos con el nombre de religión cristiana.

Enseñó que hay un Dios sobre todas las cosas.

Enseñó el amor fraternal y que cada uno debe amar a su prójimo como a sí mismo.

Enseñó la regla de oro, es decir: “Procede con los otros como quieres que los otros procedan contigo.”

Enseñó que después de la muerte hay otra vida, para la cual esta breve existencia sobre la tierra es una preparación; y que por esta razón debemos de “guardar nuestros tesoros en el cielo”, ejecutando aquí buenas obras.

Los judíos más pobres escucharon a Cristo y creyeron en sus enseñanzas. Pero creyeron que se proponía librarlos del yugo de los romanos, a quienes odiaban. Sin embargo, los sacerdotes

judíos se asustaron de las enseñanzas de Cristo, porque enseñaba cosas opuestas a las que ellos enseñaban. Así, tomaron un complot para hacerle morir.

Ahora bien, los judíos no podían condenar a muerte a Cristo sin permiso del gobernador romano de aquella región del imperio en que vivía Cristo. El gobernador se llamaba Pilatos. Así, llegaron a Pilatos y le dijeron que Cristo quería proclamarse rey. Naturalmente, Cristo quería decir, y así lo dijo siempre, que era rey celeste, y no terrenal. Los judíos sabían que a Pilatos no le importaba qué religión enseñaban Cristo. Había en el Imperio Romano toda clase de religiones —la de los que creían en los dioses mitológicos, la de aquellos que creían en ídolos, la de los que adoraban al sol, a la luna, y así sucesivamente—, y una religión más significaba poco para los romanos. Así pues, Cristo no sería condenado a muerte por el solo hecho de enseñar otra religión. Pero los judíos sabían también que si hacían creer a Pilatos que Cristo trataba de hacerse proclamar rey, esto ya era cosa por la cual podía ser crucificado. Pilatos no creyó mucho en lo que los judíos le contaban contra Cristo. Sin embargo, una cosa u otra no tenían importancia para él: pero deseaba agradar a los judíos, y les dijo que le diesen muerte si así lo deseaban. Y Cristo fué crucificado.

Cristo había elegido a doce hombres para que enseñasen lo que él les había enseñado. Estos doce hombres recibieron el nombre de apóstoles, y después de crucificado Cristo, se dedicaron a recorrer la tierra enseñando a los pueblos lo que Cristo les había enseñado. Los que creyeron en ellos y les siguieron se llamaron discípulos de Cristo, o cristianos. Los apóstoles eran los maestros.

Los romanos creyeron que estos discípulos de Cristo trataban de fundar un nuevo imperio universal, que iban contra Roma y el emperador y que debían ser reducidos a prisión. Por eso los cristianos celebraban sus reuniones generalmente en lugares secretos, hasta subterráneos en ocasiones, para que no los encontrasen y los detuviesen.